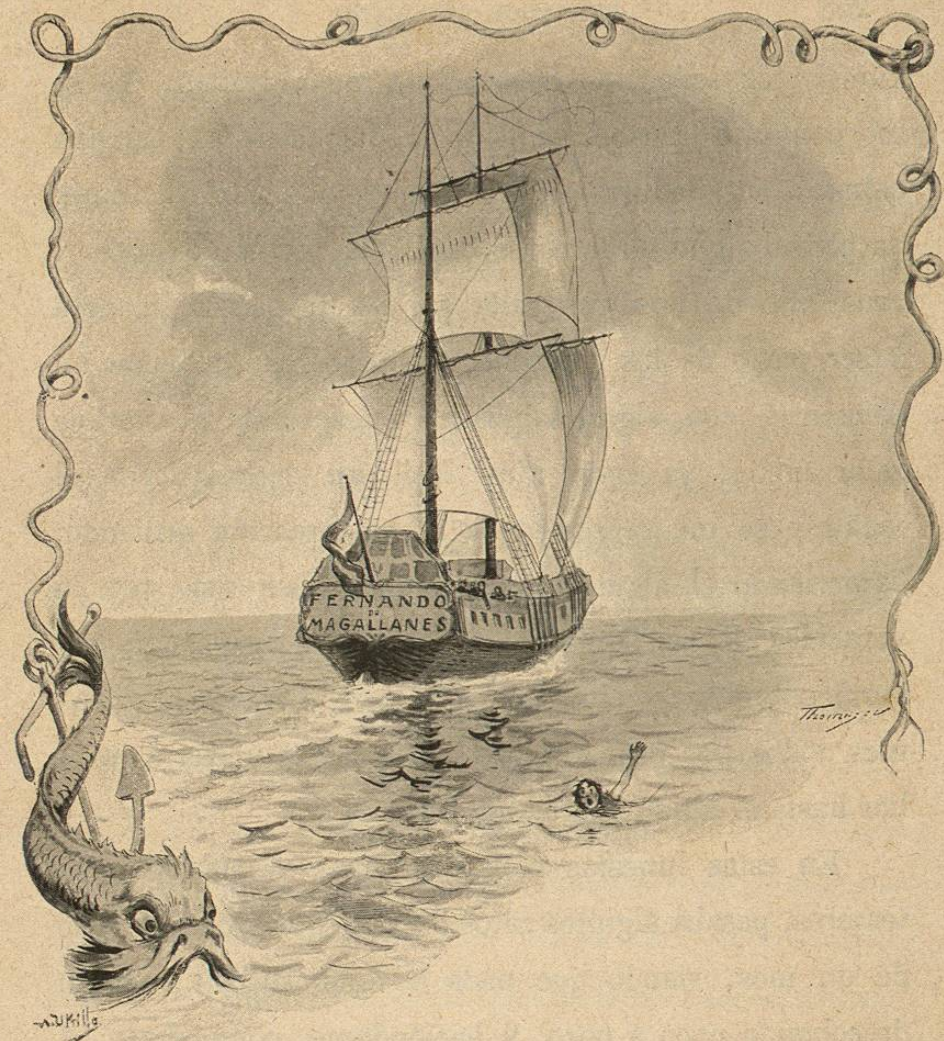


feliz navegación, pues á poco de habernos alejado del puerto se levantó un viento favorable que, llenando las velas que se habían desplegado enteramente, nos hacía volar á mi entender con la mayor serenidad, pues á las cuatro horas de navegación ya no veía yo, ni con anteojos, las que llaman *tetas de Coyuca*, que son los cerros más elevados del Sur, y la primera tierra que se descubre desde la mar.

Esto algo me entristeció, como que sabía lo largo de la navegación que me esperaba. Tampoco dejé de marearme y padecer mis náuseas y dolor de cabeza como bisoño en semejantes caminos; pero pasada esta tormenta continué mi viaje alegremente.



CAPÍTULO XI

En el que Periquillo cuenta la aventura funesta del egoísta y su desgraciado fin, de resultas de haberse encallado la nao; los consejos que por este motivo le dió el coronel y su feliz arribo á Manila.

Cuando estuve restablecido de mi accidente, subí á la cubierta y ya no ví nada de tierra; sino cielo, agua y el buque en que navegábamos, lo que no dejaba de atemorizarme bastante, y más cuando interiormente refle-

xionaba en todos los riesgos que me rodeaban. Ya se me ponía en la cabeza una tormenta deshecha; ya una calma ó encalladura que nos hiciera morir de hambre; ya pensaba que el barco se estrellaba en un arrecife, y cada uno de nosotros salía por su respectiva tronera á ser pasto de los tiburones y tintoreras; ya temía un encuentro con algunos piratas y esperaba el temible zafarrancho; ya creía muy fácil un descuido con el fogón y se me representaba la embarcación ardiendo, escurriendo el alquitrán y consumiéndose todo por la voracidad de las llamas, á pesar de las bombas, y que perdiendo el fuego el respeto á la santa Bárbara, volábamos todos por esos aires de Dios para no volver á resollar hasta el último día de los tiempos.

En estas funestas consideraciones y nada pánicos temores, pasaba algunos ratos del día, hasta que al cabo de un mes, viendo que nada adverso sucedía, los fuí desechando poco á poco, y haciéndome, como dicen, á las armas en tal grado, que ya me era gustosa la navegación, pues en las noches de luna reflejaba ésta en las ondas, haciéndolas lucir como si fueran un espejo; lo que junto con los repetidos celajes que se observaban por los horizontes nos divertía bastante, y más cuando el viento que soplaba en la popa era el que se quería para navegar aprisa y sin riesgo de nortes tempestuosos; pues entonces, descansando de maniobrar los mari-

neros, gustábamos todos ya de la conversación de los comerciantes, oficialidad y pasajería decente que subían sobre cubierta á gozar de la hermosa noche, ya de los que tocaban y cantaban y ya de la naturaleza pacífica cual se nos manifestaba en aquellos ratos.

Me acuerdo que en uno de ellos se puso á platicar conmigo un comerciante que se había hecho mi amigo, porque había menester la protección del coronel en Manila y veía la estimación que yo disfrutaba de él. En la conversación le conté los trabajos que había padecido en el discurso de mi vida, exagerándolos sin motivo.

Él lo escuchaba todo con fría indiferencia, lo que no dejó de escandalizarme, y por ver si era genial ó la afectaba, le dije: —Cierto que somos desgraciados los mortales; ¡cuántos males nos rodean desde la cuna, y cuántos daños no padecemos, no ya de uno en uno, sino de generación en generación! —¿Y qué se le da á usted de eso? me dijo con mucha socarra, ¿los padece usted? —No los padezco, le dije; pero me lastima que los padezcan mis prójimos, á quienes debo considerar como á mis hermanos, ó más bien como á partes de mí mismo. —¡Oh! vaya, dijo el comerciante, usted es uno de los muchos preocupados que hay en el mundo: ¡ya se ve! es usted un pobre soldado que no tiene motivo de ser instruído.

No dejé de incomodarme con tal disculpa, y así le dije: —Quizá no soy tan lerdo como usted supone, y podré

hacerle ver que no todos los soldados son de principios ordinarios ni carecen de tal cual instrucción; y si no, dígame usted, ¿por qué me juzga preocupado? ¿Porque le dije que me dolían los males que padecía mi prójimo como si fuera mi hermano ó una parte de mí mismo? — Sí, señor, porque creer eso, me dijo, es una preocupación. Nosotros mismos somos nuestros hermanos, y harto haremos si vemos por nosotros solamente, sin mezclarnos con el resto de los hombres, á no ser que nos redunde algún provecho particular de sus amistades.

— Según eso, le dije, no deberemos ser amigos sino de aquellos que nos sirvan ó nos den esperanzas de servirnos en algún tiempo. — Cabalmente así debe ser, me contestó, y aquí encaja bien el refrán que dice *que el amigo que no da y el cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa*, y ya usted ve que los refranes son evangelios chiquitos. — Yo entiendo, le dije, que no todos lo son; antes hay algunos falsos y disparatados de que no se debe hacer caudal, en cuyo número pongo el que usted acaba de citarme, pues habrá muchos amigos cuya amistad será utilísima aunque no den nada más que su estimación, sus consejos ó su enseñanza, y cierto que la pérdida de éstos será sensible á quien conozca lo que valen.

— Esas son pataratas, me contestó; consejos, estimación, enseñanza y todo lo que no es dinero ó cosa que lo

valga, son fantasmas agradables que sólo pueden divertir muchachos, pero que no traen gota de utilidad. Yo por mí detesto de semejantes amigos: no, no me empeñaré en buscarlos, y si tengo algunos sin esta diligencia, no se me dará nada de que se pierdan.

— ¿Conque usted sólo será amigo del que le proporcione dinero? — No hay otros que merezcan mi amistad, me respondió; y las desgracias de éstos las sentiré por lo que puedan tocarme, que por lo demás cada uno se rasque con sus uñas.

Escandalizado al escuchar tan infernales máximas, mudé de conversación y á poco rato me separé de su lado.

Al día siguiente, estando peinando al coronel, le conté mi anterior conversación, y él me dijo: — No te espantes, Pedro, de haber hallado tal dureza en ese comerciante, ni te escandalice su avaricia é interés. Hay muchos en el mundo que piensan y obran lo mismo que él; ese es un gran egoísta y como tal, es ambicioso, cruel y adulator, vicios comunes á los que piensan que para ellos solos se hizo el mundo; pero este sujeto, á más de egoísta, tiene la desgracia de ser un necio, pues se jacta de sus mismos vicios y los descubre sin disfraz, que es por lo que te has escandalizado; mas sábetelo que este vicio está tan extendido en el mundo, que de cada cien hombres dudo que uno no sea egoísta.

Ya sabes que se entiende por egoísta el que se ama

á sí propio con tal inmoderación que atropella los respetos más sagrados, cuando trata de complacerse ó de satisfacer sus pasiones. Según esto el egoísmo, no sólo es un vicio temible, porque ha sido y es causa de cuantas desgracias han acaecido y acaecen á los mortales diariamente, sino que es un vicio el más detestable, pues es la raíz de todos los delitos que se cometen en el mundo; de suerte que nadie es criminal antes que ser egoísta. Todos pecan por darse gusto y porque se aman demasiado, que vale tanto como decir que todos pecan porque son egoístas, y mientras más egoístas son, por consecuencia son más pecadores.

Estas son unas verdades que se sujetan á la demostración y por ella tú conocerás que pocos ó raros no son egoístas en el mundo; pero hay esta diferencia: unos son egoístas tolerables y otros intolerables. Me explicaré.

La mayor parte de los hombres ó casi todos se aman demasiado, y así el bien que hacen como el mal que dejan de hacer no reconocen mejor principio que su particular interés, por más que lo palíen con nombrecitos brillantes que aparentan mucho, y nada se halla en ellos más que follaje. Esta clase de egoístas algunas veces son perjudiciales á la sociedad por esta causa, y muchas inútiles; pero como no se dejan de considerar con relación á los demás hombres, están dispuestos á servirles alguna vez, aunque no sea más que por el vano interés

de que los tengan por benéficos, y por esto digo que son egoístas *tolerables*.

Los otros son aquellos que, haciéndose cada uno el centro del universo, se aman con tal desorden, que á su interés posponen los respetos más sagrados. Para éstos nada valen los preceptos de la religión, ni los más estrechos vínculos de la sangre ó de la sociedad: por todo pasan como por un puente seguro, y jamás les afectan las calamidades de los hombres. Por esta depravada cualidad son soberbios, interesables, envidiosos y crueles, y por lo mismo son *intolerables*.

De esta clase de egoístas es el comerciante cuya conversación te ha escandalizado justamente; mas por lo mismo que te repugna tal modo de pensar, has de procurar no contaminarte con él, advirtiéndole que el amor propio es habilísimo para disminuir nuestros defectos á nuestros ojos y aun para hacérmolos pasar por virtudes. Todos aborrecen el egoísmo, y nadie cree que es egoísta por más que esté tan extendido este vicio. La regla que te puede asegurar de que no lo eres, es que te sientas movido á ser benéfico á tus semejantes, y que de hecho pospongas tus particulares intereses á los de tus hermanos; y cuando te halles connaturalizado con esta máxima, podrás vivir satisfecho de que no eres egoísta.

De semejante [manera me instruía siempre mi buen mentor, y no perdía las ocasiones que se le presenta-

ban oportunas para el efecto; pero por desgracia entonces sembraba en tierra dura; sin embargo, á la vuelta de mis extravíos muy mucho me han servido sus saludables advertencias.

Ya navegaba yo contento pensando que todo el monte era orégano y todo mar pacífico, cuando me sacó de este confiado error uno de aquellos accidentes de mar, que no se sujetan á la práctica de los mejores pilotos.

Una noche que estaba enfermo el primer piloto, dejó encargado el cuidado de la brújula á un segundo, que aunque diestro en el manejo del timón, era mortal, y acosado del sueño se durmió sobre el banco sin que ninguno lo advirtiera, y todos los pasajeros hicimos lo mismo, con la seguridad del tiempo favorable que nos hacía.

Como dormido el piloto, quedó el buque con la misma libertad que el caballo sin gobierno en la rienda, tomó el rumbo que quiso darle el aire, y en lo más tranquilo de nuestro sueño nos despertó el bronco ruido que hizo la quilla al arrastrarse en la arena.

El primero que advirtió la desgracia fué el buen piloto, que no había podido dormir á causa de sus dolencias. Inmediatamente desde su camarote comenzó á gritar:—*¡Orza, orza, vira á babor... que nos varamos!... ¡banco, banco!*

Toda la tripulación, el contramaestre, los pasajeros

y toda la gente despertó y se pusieron á maniobrar; pero ya no alcanzaban á remediar el mal las primeras recetas que había dictado el práctico piloto; lo más que hicieron fué amarrar el timón y recoger las lonas, con cuya diligencia no se enterró más la embarcación.

Los que en la navegación han experimentado semejante lance se harán cargo cuál sería nuestra consternación, y más cuando luego que se advirtió la desgracia se dió la orden de que se acortara á todos la ración de comida y bebida, lo que nos entristeció demasiado, y más á mí que comía por siete. Todos manifestaron el abatimiento de sus espíritus en la tristeza de sus semblantes.

Desde esa hora ya no hubo quién durmiera; todo era susto, y el funesto temor de morir de hambre y sed, estacados en aquel promontorio de arena, era el objeto de nuestras tristes conversaciones.

Se hizo una solemne junta de los pilotos y jefes, y en ella se determinó probar cuantos medios fueran posibles para libertarnos del riesgo que nos amenazaba, y en virtud de esta resolución se echaron al agua todos los botes y lanchas, desde las cuales tiraban del buque atado con cables; pero esta diligencia fué enteramente inútil, y á su consecuencia se determinó ejecutar la última, que fué alijar ó aligerar el navío, echando al mar cuanto peso fuera bastante para que sobreaguara.